

843
2

Pa 2227
- 46
56
v. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE
D. Luis Tasso Serra.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS LOBAS DE MACHECUL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

EL AYUDANTE DE CAMPO DE CHARRETTE

Si por ventura, querido lector, has ido alguna vez de Nantes á Bourgneuf, al llegar á San Filiberto habrás doblado el ángulo meridional del lago de Grandlieu, llegando después de una ó dos horas de camino, según lo hayas verificado á pié ó en carruaje, á los primeros árboles de la selva de Machecul. A la izquierda y en medio de una frondosa arboleda que al parecer pertenece á la selva, de la cual la separa tan sólo el camino real, habrás divisado las agujas de dos torrecillas y el techo parduzco de un castillejo óculto entre el follaje.

Los agrietados muros de esta casa solariega, sus ventanas descantilladas, sus tejados corroídos por los irides silvestres y el musgo parásito, á pesar de sus humos señoriales y de las dos torrecillas que la flanquean, danle tan menguada apariencia, que seguramente no excitaría la codicia de ninguno de los que al paso la miran, á no ocupar tan deliciosa posición frente á las arboledas seculares de la selva de Machecul, cuyas verdes y caprichosas ondulaciones se

dilatan abarcando un espacio tan extenso como á la vista les es dado alcanzar.

Pertenecía el castillejo en 1831 á un viejo hidalgo llamado el marqués de Souday, nombre con que también se conocía la antigua mansión feudal.

El marqués de Souday era el único representante á la vez que el último heredero de una antigua é ilustre casa de Bretaña, pues el lago de Grandlieu, la selva de Machecul, la ciudad de Bourgneuf, situados en una comarca actualmente comprendida en el departamento del Loira inferior, formaban parte de la provincia de Bretaña, antes que Francia estuviera dividida en departamentos. La familia de Souday había sido en época más remota otro de los árboles feudales de inmenso ramaje que cobijaban con su sombra una provincia entera; pero los antepasados del marqués se habían dado tanta prisa en gastar su hacienda para ocupar dignamente un asiento en las carrozas del rey, que aquellas ramas habían ido desgajándose sucesivamente, de modo que el 80 llegó á tiempo para impedir que la mano de un alguacil cortara el tronco ya carcomido y al cual las circunstancias reservaban un fin más digno de su esclarecimiento.

Al derrumbamiento de la antigua prisión de los reyes, cuando sonó la hora de la Bastilla anunciando la ruina de la monarquía, el marqués de Souday había ya heredado el título de su padre y la casita solariega que de sus bienes quedaba y era primer paje de S. A. R. el conde de Provenza.

Tenía á la sazón el marqués diez y seis años, y á esta edad se da á los sucesos muy poca importancia; á bien que era muy difícil no volverse enteramente estóico en la corte epicúrea, volteriana y constitucional del Luxemburgo, donde el egoísmo tenía ancha cabida.

Un día fué enviado el joven marqués á la plaza de la Greve para ver al verdugo ceñir con la cuerda el cuello de Favras y acchar el instante en que, exhalando éste el postrer aliento, devolviese á su alteza real su tranquilidad momentáneamente turbada.

Al regresar corriendo al Luxemburgo, gritó Souday:

— ¡Monseñor, se acabó!

Y Monseñor con voz clara y meliflua dijo:

— ¡A la mesa, señores, á la mesa!

Y cenóse con tanta tranquilidad como si un bravo hidalgo

que había sacrificado generosamente la vida por S. A. no acabase de ser ahorcado como un facineroso.

Luego llegaron los lúgubres y primeros días de la revolución y la publicación del libro rojo; y poco después acaecieron la retirada de Necker y la muerte de Mirabeau.

El 22 de febrero de 1791 un apiñado gentío rodeaba el Luxemburgo: cundían rumores alarmantes; decíase que *Monsieur* quería fugarse con el objeto de reunirse á los emigrados que se juntaban á la orilla del Rhin; pero *Monsieur* asomóse al balcón é hizo juramento solemne de no abandonar al rey. En efecto, el 21 de junio partió juntamente con el monarca, sin duda para no faltar á la palabra que había dado de no abandonarle, lo cual efectuó sin embargo, y muy felizmente por cierto, pues llegó sin contratiempo á la frontera de Bélgica con su compañero de viaje el marqués de Avray, mientras se prendía en Varennes á Luis XVI.

Nuestro paje apreciaba mucho su reputación de joven á la moda para permanecer en Francia, en donde sin embargo la monarquía iba á necesitar muy pronto el apoyo de sus más celosos defensores: emigró pues, y como naturalmente nadie paró la atención en un paje de diez y ocho años, llegó sin obstáculo alguno á Coblenz y cooperó con su persona á completar el cuadro de los mosqueteros que se reorganizaban allende el Rhin á las órdenes del marqués de Montmorin. Hizo la campaña con los tres Condé, dándose ya á conocer en los primeros encuentros; recibió una herida delante de Tionville, y más tarde, después de muchos desengaños, sufrió el más amargo de todos cuando vió la promulgación del decreto por el cual se ordenaba el licenciamiento de los cuerpos de emigrados, medida que arrebató á una porción de infelices, á la vez que sus esperanzas, el pan del soldado, que constituía su único recurso. Verdad es que estos soldados combatían contra Francia, y que este pan era amasado por manos extranjeras.

Entonces el marqués de Souday volvió los ojos hacia la Bretaña y la Vendée, en donde se peleaba hacia ya dos años. En esta última, todos los jefes principales de los realistas habían perecido en el campo del honor: Cathelineau había sido muerto en Vannes; Lescure, en la Tremblaye; Bonchamps, en Chollet, y D'Elbée había sido fusilado ó iba á serlo en Noirmontiers. Para colmo de adversidad el llamado

grande ejército había sido destruido en el Mans. Vencedor en Fontenay, Saumur, Torfou, Laval y Dol, había alcanzado sesenta triunfos en otros tantos combates y hecho frente á todas las fuerzas de la república mandadas sucesivamente por Biron, Kleber, Westermann y Marceau; rechazando el apoyo de Inglaterra había visto incendiadas sus cabañas, acuchillados sus hijos y degollados sus padres; había tenido por caudillos á Cathelineau, á Enrique La Rochejaquelein, Stofflet, Bonchamps, Forestier, Elbée, Lescure, Marégnay y Talmont; había permanecido fiel á su rey cuando la Francia entera le abandonaba, y había adorado á Dios cuando París había proclamado que no existía; pero también mereció que Napoleón llamase á la Vendée: *la tierra de los gigantes*.

Charrette y la Rochejaquelein habían quedado casi solos; pero aquél tenía un ejército y éste ya no le tenía, pues mientras el grande ejército se hacía destrozarse en Mans, Charrette, nombrado general en jefe del bajo Poitou y secundado por el caballero de Coetus y Jolly, había reunido un ejército. Charrette al frente de sus fuerzas y La Rochejaquelein seguido solamente de unos diez hombres, se encontraron cerca de Maulevrier. Al verle, comprendió Charrette que acababa de llegarle un general y no un soldado; pero como tenía conciencia de su propio valer y se le hacía muy cuesta arriba compartir el mando, recibióle con frío y altivo continente, de modo que estando el desayuno servido, ni siquiera se dignó convidar á su camarada.

Pero aquel mismo día ochocientos hombres del ejército de Charrette se pasaron al de La Rochejaquelein. Al día siguiente Charrette le dijo:

—Parto para Mortagne; os vendréis conmigo.

Pero La Rochejaquelein respondió con altivez:

—No estoy acostumbrado á recibir órdenes, sino á darlas.

Y después de pronunciar estas palabras, partió por su lado, dejando á Charrette operar por el suyo como mejor le pareciese.

A éste seguiremos con preferencia, por ser el único cuyos últimos combates y muerte tienen alguna conexión con nuestro relato.

Luis xvii había muerto, y en 26 de junio de 1795 Luis xviii había sido proclamado rey de Francia en el cuartel general de Belleville.

En 15 de agosto de 1795, á los dos meses de esta proclamación, un joven llevaba á Charrette una carta del nuevo monarca fechada en Verona en 8 de julio, por la cual confería á Charrette el mando legítimo del ejército real. Charrette quería contestar al rey por conducto del mismo mensajero dándole las gracias por tamaña merced; pero el joven respondió que había vuelto á Francia para permanecer en ella y combatir, pidiendo al propio tiempo que el despacho que acababa de traer le sirviese de recomendación para con el general en jefe. Charrette desde este momento le agregó á su persona. El joven que había llevado la carta al general era el ex-paje de *Monsieur*, el marqués de Souday.

Al retirarse para descansar de la jornada de veinte leguas que acababa de hacer á caballo, encontró el marqués á un aldeano cuya edad excedía de tres ó cuatro años la suya, y que le miraba sombrero en mano con muestras de afectuoso respeto. Vió el mancebo que era el hijo de un colono de su padre, con el cual había cazado muy á menudo en los primeros años de su mocedad y con mucho placer por su parte, pues nadie aventajaba en destreza al aldeano para levantar un jabalí y apoyar los perros cuando el animal estaba acorralado.

—¡Eh! ¡Juan Oullier! exclamó, ¿eres tú?

—Yo mismo en persona, para servirlos, señor, respondió el aldeano.

—No es cosa de despreciarlo, amigo mío, ¡palabra de honor! ¿Siempre tan buen cazador?

—¡Oh! sí, señor marqués; sólo que en este momento me dedico á otra caza.

—No le hace; si te parece podemos hacerla juntos como en otro tiempo.

—También os responderé á mi vez que no es cosa de desear, señor marqués, contestó Juan Oullier.

Desde este momento Juan Oullier estuvo á las órdenes del marqués de Souday, como éste lo estaba á las de Charrette, es decir, que Juan Oullier era ayudante de campo del ayudante de campo del general en jefe.

Aun prescindiendo de su habilidad en la caza, Juan Oullier no tenía precio en la vida de campamento, pues era apto para todo y nada se ocultaba á su sagacidad, nada era inasequible para él; el marqués de Souday no tenía que pasar el menor cuidado para atender á sus necesidades: hasta

en los días de mayor carestía no le faltó jamás un mendrugo, un vaso de agua y un haz de paja, lo cual era en la Vendée un lujo que no siempre podía permitirse el general en jefe.

Mucho nos duele tener que privarnos de seguir á Charrette y de consiguiente á nuestro joven protagonista en alguna de aquellas arriesgadas expediciones que llevaba á cabo el ilustre caudillo y que le valieron el dictado de *el primer guerrillero del mundo*; pero la historia es una sirena falacísima, y cuando se ha caído en el desliz de dejarse arrastrar por sus engañosos reclamos, no se sabe á dónde se va á parar; por lo que, resumiendo todo lo posible nuestra narración, dejaremos para otros la tarea de relatar la expedición del conde de Artois á Noirmontiers y á l'Île Dieu y de explicar cómo el príncipe estuvo durante tres semanas á la vista de las costas de Francia sin abordar á ellas, así como el desaliento del ejército realista al verse abandonado por aquellos en cuyo nombre y defensa se estaba batiendo hacía ya más de dos años.

A pesar de todo, Charrette obtuvo poco tiempo después la terrible victoria de *los cuatro caminos*; pero fué la última: la traición tomó cartas en el asunto, y Coetus, el brazo derecho de Charrette, su *alter ego* desde la muerte de Jolly, fué pasado por las armas, víctima de una infame asechanza.

En los últimos tiempos de su vida, Charrette no puede dar un paso sin que su adversario, llámese Hoche ó Travot, tenga conocimiento de ello. Rodeado de tropas republicanas, cercado por todas partes, perseguido incesantemente, acosado de matorral en matorral, guareciéndose en las cuevas naturales, arrastrándose por el lecho de los torrentes, seguro de que más ó menos tarde debe morir inevitablemente en algún encuentro, ó si es aprehendido en vida fusilado sin remisión; cuando falto de asilo, abrasado de calentura, muerto de hambre y de sed sin atreverse á pedir en las alquerías un mendrugo, un vaso de agua, ni un puñado de paja, se encuentra solamente con treinta y dos hombres, entre los cuales se hallaban el marqués y Juan Oullier; en 25 de marzo de 1795 se le advierte que cuatro columnas republicanas marchan contra él.

—¡Está bien! contesta el general; pues aquí nos batiremos hasta el último suspiro, y ¡por Dios que hemos de vender caras nuestras vidas!

Encontrábanse entonces en el Preliniere, demarcación parroquial de San Sulpicio. Pero Charrette no tiene paciencia para esperar con sus treinta y dos hombres á los republicanos: marcha á su encuentro y tropieza en la Guyoniere con el general Valentín acompañado de doscientos granaderos y cazadores. Charrette halla una buena posición; se atrincheró, y sostiene por espacio de tres horas el fuego y las cargas de los republicanos. Doce de los suyos caen á su alrededor, por manera que al contemplar á su hueste, ve que sólo consta de veinte hombres el ejército de veinte y cuatro mil que el conde de Artois capitaneaba en l'Île-Dieu; pero á pesar de la inferioridad del número, el valiente caudillo no se desalienta: sus bríos no menguan, y aquel puñado de héroes se agrupa al rededor de su jefe, sin que ninguno piense ni remotamente en la fuga.

Mas el general Valentín se cansa por último de pelear infructuosamente tanto tiempo, y deseando concluir de una vez con la obstinación de sus enemigos, toma un fusil, y á la cabeza de ciento ochenta hombres que le quedan, carga á la bayoneta. En esta carga Charrette recibe un balazo en la cabeza y pierde tres dedos de la mano izquierda cortados de un sablazo. Estaba ya á punto de caer en poder del enemigo, cuando un alsaciano llamado Peffer que tenía por Charrette, más que adhesión y cariño, una verdadera veneración, toma su sombrero empenachado, le da el suyo, y huyendo por la izquierda exclama: «Huid por la derecha en tanto me persiguen á mí.» En efecto, los republicanos le van encarnizadamente á los alcances, al paso que Charrette se pone en salvo por el lado opuesto con los quince hombres que le restan. Charrette llegaba ya al bosque de la Chabotterie cuando de repente apareció cerrándole el paso la columna del general Travot. Entonces se empeña una lucha desesperada en la cual Charrette no lleva más objeto que hacerse matar. Exhausto de fuerzas y desangrándose por tres heridas, tambalea y va á caerse, cuando un vendeano llamado Rossard se lo carga á cuestras y huye con él hacia los bosques; pero antes de alcanzarlos cae atravesado por una bala. Entonces otro llamado Laroche Davo le sucede; mas apenas ha dado cincuenta pasos, cuando cae á su vez en la zanja que separa el bosque del llano. El marqués de Souday lo ve, toma en brazos al caudillo, y mientras Juan Oullier mata con dos disparos á los dos soldados republica-

nos que le acosan más de cerca, él se interna en el bosque con el general y los siete últimos hombres de la partida.

A cincuenta pasos de la linde Charrette da muestras de recobrar sus fuerzas y dirigiéndose al marqués, le dice:

—Souday, escucha mi última orden.

El joven se detiene.

—«Déjame al pié de esa encina.» Pero al ver que vacilaba continuó con acento imperioso: «¡Todavía soy general, obedéceme!»

—Bueno, dijo Charrette; ahora escúchame. Es preciso que el rey, que me ha nombrado general en jefe, sepa cómo he muerto; vuelve al lado de S. M. Luís XVIII y cuenta lo que has visto. ¡Yo lo mando!

Charrette hablaba con tal solemnidad, que el marqués de Souday, á quien por primera vez tuteaba, no le ocurrió la idea de desobedecer.

Depuso á su general al pié de una encina y lo arrimó al tronco.

—Y ahora, le dijo el general, no hay que perder un momento. Huye; aquí están ya los azules.

En efecto, los republicanos aparecían en la linde del bosque. Souday cogió la mano que Charrette le tendía; pero éste le dijo:

—¡Abrázame!.... ¡Basta! exclamó en seguida desprendiéndose de sus brazos; parte, parte al momento.

Souday dirigió una mirada á Juan Oullier y le dijo:

—¿Viénes?

Pero este hizo con la cabeza un gesto sombrío.

—¿Qué queréis que vaya yo á hacer allí, señor marqués? contestó; en tanto que aquí....

—¿Y aquí qué vas á hacer?

—Ya os lo contaré si volvemos á vernos, señor marqués.

Y así diciendo, disparó dos tiros á los dos republicanos más próximos. Ambos cayeron. Uno de ellos era un jefe superior en torno del cual se agruparon todos.

Juan Oullier y el marqués de Souday aprovecharon aquel momento de confusión para internarse en lo más fragoso de la selva. Cuando hubieron andado como cincuenta pasos, Juan Oullier vió un frondoso matorral, y deslizándose entre sus ramas como una serpiente, se ocultó haciendo al joven una señal de despedida.

El marqués de Souday continuó su camino.

II

GRATITUD DE LUÍS XVIII

Dirigióse el marqués de Souday hacia las riberas del Loira, en donde halló á un pescador que le llevó hasta el cabo San Gildo. Desde allí avistaron una fragata que cruzaba á pocas brazas de tierra: era una fragata inglesa. Mediante un aumento de pasaje de algunos luíses, el pescador llevó al marqués hasta el buque.

Una vez allí, ya estaba en salvo.

Al cabo de algunos días la fragata avistó un buque mercante que hacía rumbo al canal de la Mancha; le llamaron con la bocina y las dos naves se acercaron: era una embarcación holandesa. El marqués de Souday manifestó deseos de continuar la travesía en esta última, y el capitán inglés accedió á su deseo haciéndole conducir á bordo de ella. Esta le dejó en Rotterdam, de donde pasó el marqués á Blackemburgo, reducida ciudad del ducado de Brunswick, en la cual había fijado Luís XVIII su residencia; pero Luís XVIII estaba comiendo y estos momentos eran solemnes para él.

El ex-pajese vió obligado á esperar que su majestad hubiese comido. Introdujéronle después y relató los acontecimientos que había presenciado, en especial la última catástrofe que acababa de suceder, con una elocuencia tal, que Su Majestad, á pesar de que no era muy impresionable, se conmovió hasta el punto de exclamar:

—Basta, basta, marqués; sí, el caballero de Charrette era un leal y esforzado servidor: no podemos dudarlo.

Y le indicó con un ademán que podía retirarse. El mensajero obedeció; pero al salir de la estancia oyó que el rey decía con acento áspero y mal humorado:

—¿Quién le manda á ese imbécil de Souday, venirme á contar semejantes cosas después de comer? De seguro me ha alterado la digestión.

El marqués era susceptible, y pensó que oírse llamar imbécil después de haber expuesto la vida durante seis meses, y precisamente por boca de aquel por quien la había expuesto,